

§ II. PROBIDAD.

La probidad puede suplir á otras muchas cualidades, pero sin ella ninguna cualidad es buena. No nos fiemos nunca de quien carece de probidad, por talento que tenga. (*Palabras de Washington.*)

Es una virtud tan delicada y escrupulosa la probidad, que hasta la sombra de una sospecha la espanta. (B.)

Alábanse, y son dignos de alabanza, los actos de probidad en donde se nota un principio de virtud, un esfuerzo del alma. Un pobre devuelve un depósito cuyo secreto solo él conocia; no ha hecho mas que su deber, porque lo contrario seria un delito; sin embargo, su accion es honrosa y debe honrarse. Júzgase que el que no hace mal, en ciertas circunstancias, es capaz de hacer bien; en un acto de simple probidad, lo que se alaba es la virtud. (*Curso de moral.*)

Aristides.

[490 ántes de J. C.]

Despues de la famosa batalla de Maraton¹, se quedó solo Aristides con un corto número de soldados para custodiar los prisioneros y el botin, teniendo así ocasion de confirmar la buena opinion que se tenia de su integridad. Por todas partes estaban esparcidos el oro y la plata en el campo enemigo; las tiendas de campaña y los bajeles apresados estaban llenos de vestiduras preciosas y muebles magníficos: no solo no tuvo la idea de tocar aquellos montones de riquezas, sino que hizo que los suyos las respetaran.

Nada hay en esto de loable, pues Aristides no hizo en esta ocasion sino lo que exigia la probidad mas vulgar; pero hé aquí un rasgo verdaderamente notable.

Poco tiempo despues todos los pueblos griegos designaron á Aristides para que administrara su hacienda y velara por el tesoro comun, por cuyo cargo no quiso admitir sueldo alguno, y murió tan pobre, que tuvo que encargarse la República de sus funerales y del dote de sus hijas.

1. Ganada por los atenienses que pelearon en número de diez mil hombres contra cien mil persas que ha-

bían desembarcado en sus costas. Maraton es hoy dia un pueblo situado á 31 kilómetros N. E. de Atenas.

San Eloi¹.

Cuando Eloi no era mas que un simple platero, Clotario II, informado de su habilidad, le encargó hiciera un sillón de oro guarnecido de piedras preciosas, trabajo para el cual le dió una gran cantidad de oro, que no recibió el platero sin pesarla ántes, contando asimismo los diamantes que se le entregaron. Hizo su trabajo segun el modelo que se le habia dado; pero en lugar de un sillón hizo dos. Presentó primero uno al rey, quien mostró suma satisfaccion; despues le presentó el segundo, de lo que se sorprendió Clotario, pues no podia persuadirse de que con lo que se habia dado á Eloi hubiera habido bastante para hacer dos sillones, y fué preciso convencerle con el peso, que se halló ser igual al que habia dado. Entónces vió el rey que podia depositar toda su confianza en un hombre tan probo, lo que dió origen á la fortuna de san Eloi, que, como es sabido, llegó á ser primer ministro.

Tomas Moro².

El canciller de Inglaterra Tomas Moro, uno de los grandes hombres de su época, era inflexible en cuestiones de rectitud. Uno de los señores mas poderosos de la córte sostenia un pleito que temia perder. Con el objeto de inclinar al canciller en su favor, le regaló dos riquísimos jarros de plata sobredorada. Moro los hizo llenar de un vino excelente y los devolvió á quien se los habia enviado, que ganó su causa porque era justa. Estaba persuadido con razon aquel digno magistrado de que todo juez que recibe un presente da el primer paso hácia la iniquidad, y de que cuando se dan oídos á los que quieren comprar la justicia, se anda cerca de venderla.

1. Falleció en 659.

2. Falleció en 1535.

Dougas.

Siendo Dougas preboste de los mercaderes¹ en Lyon², fueron los tahoneros á pedirle permiso para aumentar el precio del pan, á lo que les respondió que examinaría su petición. Al retirarse aquellos, dejaron con disimulo encima de la mesa un bolsillo con doscientos luises (moneda de 20 francos); cuando despues volvieron, no dudaban que el bolsillo hubiera ejercido su influjo. M. Dougas les dirigió las siguientes palabras: « Señores, he pesado vuestras razones en la balanza de la justicia, y no he hallado justo su peso; por tanto, creo que no hay necesidad de hacer sufrir al pueblo por una carestía que nada justifica. He distribuido el dinero que me habeis dejado entre los dos hospitales de la ciudad, pues creo que no lo destinábais á otra cosa, y he comprendido que, cuando dais limosnas semejantes, no perdereis, como decís, en vuestro comercio. »

Wimpfen.

[Setiembre 1792.]

Al principio de las guerras de la Revolucion, sitiaban los ingleses á Thionville³, y su general, en nombre del emperador, ofreció al comandante de la plaza, Félix Wimpfen, la cantidad de un millon, si la entregaba. « Con mucho gusto, respondió con socarronería aquel bravo frances, si quereis validar el acto de venta ante un escribano. »

Daumesnil.

[1814.]

En otra circunstancia semejante dió el general Daumesnil una respuesta igualmente graciosa y decidida. Había

1. Llamábase preboste de los mercaderes en Paris y en Lyon al magistrado que desempeñaba las funciones de alcalde de la ciudad.

2. A mediados del siglo xviii.
3. Plaza fuerte á orillas del Mosela, á 24 kilómetros de Metz; en el día pertenece á Alemania.

perdido una pierna en la campaña de Rusia, y el ilustre inválido fué nombrado despues gobernador de Vincennes¹. Los soberanos aliados que invadieron la Francia en 1814, le ofrecieron dos millones si ponía la plaza en sus manos; el general contestó en estos términos al emisario: « Podeis decir á los rusos que cuando me devuelvan mi pierna, les entregaré Vincennes. »

El ostiaco.

[Siglo xviii.]

Los ostiacos, pueblo semi-salvaje que habitan al norte de Rusia, son notables por su desinterés y probidad. Hé aquí un ejemplo. Caminaba de Tobolsk² á Beresoff³ un mercader ruso, y pasó la noche en la cabaña de un ostiaco; á la mañana siguiente, á corta distancia de allí, perdió una bolsa que contenía unos cien rublos⁴. Yendo un dia á caza el hijo del ostiaco que habia hospedado al mercader, pasó por aquel sitio, vió la bolsa, pero no la tocó. Al volver á la cabaña, dijo únicamente que habia visto una bolsa en el camino y que la habia dejado donde estaba. Su padre le envió en seguida á aquel sitio, y le mandó cubriese la bolsa con tierra y algunas ramas de árboles, para que pudiera encontrarla en el mismo lugar el que la habia perdido, si por acaso volvía á buscarla. Por espacio de tres meses permaneció la bolsa en el mismo sitio. Cuando el ruso volvió de Beresoff, fué á hospedarse en casa del mismo ostiaco y le refirió la pérdida que le habia acontecido el mismo dia que salió de su cabaña. « ¿Con que eres tú el que ha perdido la bolsa? le dijo el ostiaco; pues bien, no tengas cuidado, mi hijo te guiará á donde debe estar, y tú mismo la recogerás. » En efecto, el mercader encontró su bolsa en el mismo sitio donde habia caído.

1. Esta fortaleza está situada á 7 kilómetros de Paris.

2. Capital de la Siberia ó Rusia asiática.

3. A 570 kilómetros de Tobolsk; capital de una region espantosa y casi

desierta, que produce pieles en gran cantidad.

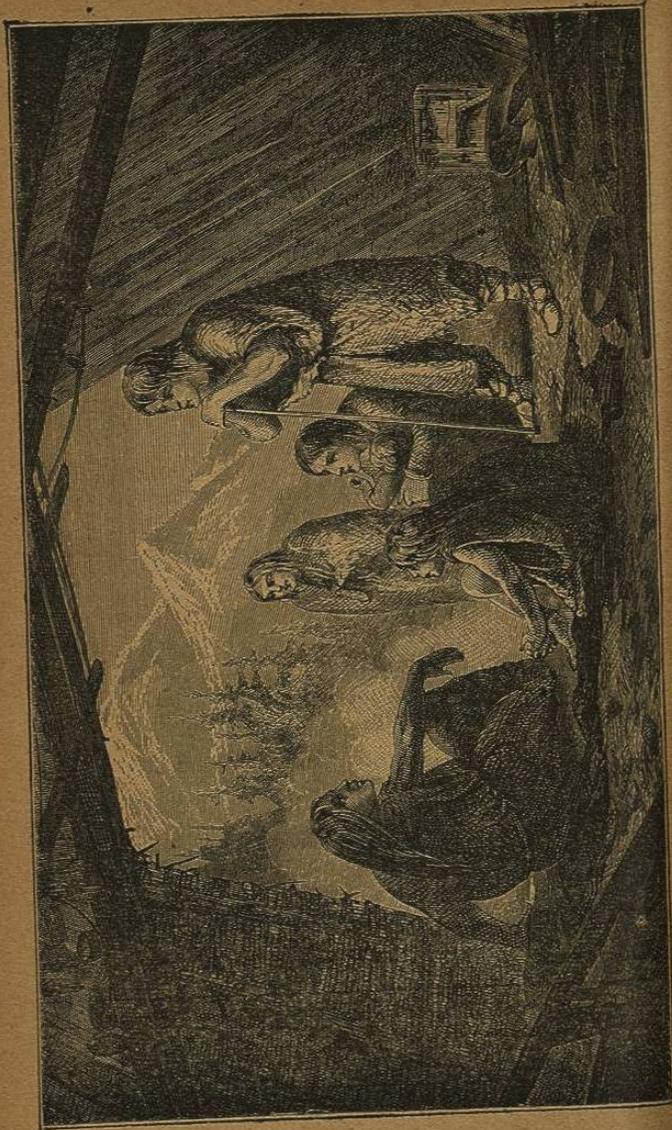
4. El rublo es una moneda de plata cuyo valor es de 3 fr. 45 c. á 4 fr. 61 c. En el dia vale 4 francos.

Idea de la probidad en un niño de siete años.

Un aldeano llamado Santiago, que debía algun dinero á un vecino suyo, le ofreció darle en pago sus gallinas, y el trato fué aceptado.

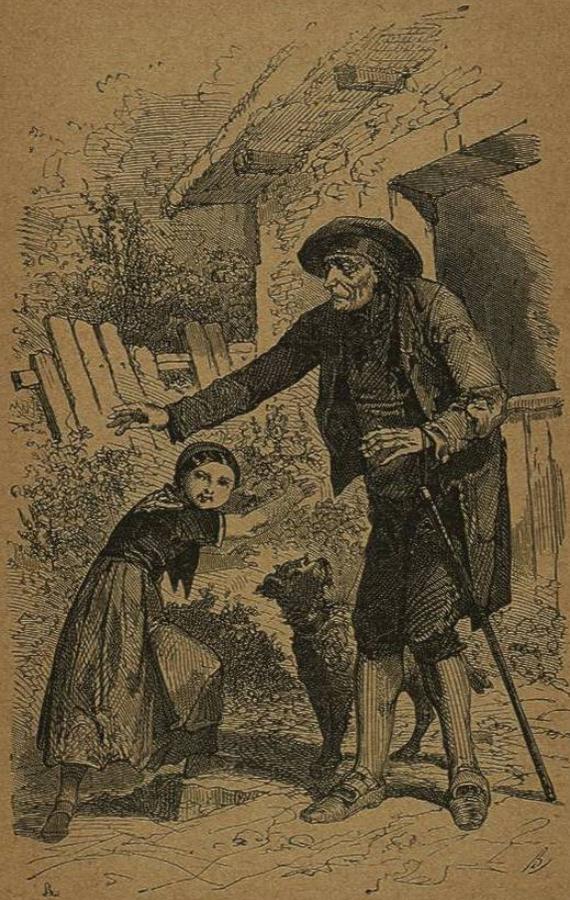
Lleváronse, pues, las gallinas á casa del vecino; pero como no las encerraron, cuando fueron á poner al dia siguiente, volvieron á su antiguo gallinero, donde pusieron sus huevos.

Felipe, hijo de Santiago, de unos siete años de edad, estaba solo en la casa en aquel momento, y oyendo cacarear á sus gallinitas, corrió en seguida al gallinero, rebuscó entre la paja, y hallando los huevos, dijo para sí: « ¡Ay qué huevos tan frescos y cómo me gustan! cuando vuelva mi madre se alegrará mucho, los hará cocer, y nos los comeremos. Sin embargo, volvió á decir al cabo de un instante, ¿podemos quedarnos con estos huevos? ¿No son del vecino, como nuestras pobres gallinas? El otro dia aprendí en la escuela que una cosa que se encuentra se debe devolver á su dueño en cuanto se sepa quien es éste. ¡Vamos! ¡Vamos! No quiero esperar á que regresen mis padres para restituir estos huevos á su dueño. » Y en efecto, corrió á llamar á la puerta del vecino: « Tome V., le dice al entrar, aquí le traigo unos huevos que sus gallinas de V. han venido á poner en nuestro gallinero. — ¿Quién te envía? le pregunta el vecino. — Nadie. — ¡Cómo! ¿Me tracs esos huevos sin que nadie te lo haya mandado? — Sí, señor, mi padre y mi madre están fuera de casa, pero yo no hago mas que lo que ellos me hubieran mandado hacer en este caso. — ¿Y por qué no has esperado su vuelta? — Porque no volverán hasta medio dia, y de aquí á esa hora no tengo derecho para conservar lo que no es mio. »



El anciano ciego.
[Siglo XIX.]

Un pobre ciego, ya anciano, estaba sentado á la orilla



de un camino que iba desde su pueblo a la ciudad vecina, y los transeúntes echaban de cuando en cuando una mo-

neda en su sombrero. Tenía junto á sí á una niña, que era su nietecita, cuya risa, tan inocente como jovial, regocijaba á veces el semblante del pobre hombre. Las gracias de esta niña llamaban la atención de los caminantes y contribuían á aumentar las limosnas que echaban en el sombrero del pordiosero.

Un día que estaba jugueteando en medio del camino, pasó por allí, entre una nube de polvo, una silla de posta tirada por cuatro caballos. Al alejarse el carruaje, volvió la niña á sus juegos, y se sorprendió de hallar en medio del camino una cosa que no había visto jamás: era una cartera que ella entregó á su abuelo.

Tomóla el anciano, y notando que estaba llena y cerrada con una cerrajita, léjos de tratar de abrirla, se puso en camino para la ciudad, con ánimo de entregarla al alcalde. En aquel momento pasó por allí un labrador que conocía al pobre ciego, y acercándose á él le dijo: «¿Qué es eso que tenéis en la mano? — Una cartera que mi nieta ha hallado en el camino, y que probablemente ha caído del coche que acaba de pasar.»

Voy á llevarla al alcalde de mi lugar, para que la recobren los que la han perdido, si la reclaman. — ¡Qué tonto sois! esa cartera está probablemente llena de billetes de banco y puede hacer vuestra fortuna; quedaos con ella y no lo digais á nadie. — ¡Yo quedarme con lo ageno! contestó el buen anciano; Dios me libre; prefiero ser pobre con la conciencia tranquila, que rico con remordimientos. Y al decir esto, prosiguió su camino, llegó al pueblo y entregó la cartera al alcalde, la cual habiendo sido reclamada al día siguiente, volvió á la posesión de su legítimo dueño.

El buen anciano rehusó enérgicamente la justa recompensa que se le ofreció, contestando de este modo á los que le instaban para que la aceptase, entre otras al labrador del mal consejo:

«La mejor recompensa, para un hombre de bien, es el testimonio de su conciencia que le dice haber obrado como Dios manda.»

El peon.

[Noviembre de 1845.]

Un arrendador de las cercanías de Tolosa habia colocado un saco con mil francos en el fondo de un canasto, cuidadosamente cubierto de paja, que llevaba en la grupa de su caballo para entregarlo al dueño de la hacienda: era el precio de su arriendo, juntado con mucho trabajo, porque el año habia sido muy malo en toda aquella tierra. Durante el camino se desfondó el canasto, dejando caer el saco en medio de la carretera, y el buen hombre no lo echó de ver hasta que llegó á la ciudad. Júzguese cuál fué su desesperacion y la de su familia, á la que volvió llorando y dando ya su dinero por perdido.

Un peon, de unos diez y ocho años de edad, pobre jornalero, llamado Leprieu, halló el saco en el camino cuando iba á su labor: álzale del suelo, queda admirado al ver por primera vez en su vida tanto dinero junto, le envuelve cuidadosamente, y se va á su trabajo sin hablar á nadie de su hallazgo.

Las malas noticias tienen alas, y así fué que la de la pérdida del arrendador se propagó rápidamente por toda la comarca, llegando á oídos de Leprieu, como de todo el mundo. Este buen muchacho, en cuanto supo el nombre del dueño del saco y adquirió la certeza de que era suyo, se fué en derecho á casa del arrendador, y le devolvió integralmente la fortuna de toda su vida.

Tal es Leprieu, cuya riqueza consiste en noventa céntimos diarios, que gana con su jornal.

Voltamad y su caballo.

Durante un violento huracan en el cabo de Buena Esperanza, un buque rompió sus amarras y fué á estrellarse furiosamente contra los arrecifes. La tripulacion saltó al mar, y trataron todos de salvar la vida montados en las rotas berlingas y aparejos. Azotaba el viento con tal furia,

que ningun bote podia acercarse á recoger á los pobres marineros. En este tiempo, un habitante de la colonia llamado Voltamad, hombre ya entrado en años, llegó en su caballo al lugar de la catástrofe. Lleno de compasion á la vista de aquellos infelices que luchaban con la muerte, y conociendo la intrepidez de su caballo y su habilidad en nadar, se propuso ir á socorrer á aquellos desgraciados.

Apeóse, hizo oler á su valiente corcel ciertas esencias, montóle de nuevo, y se lanzó con él á las olas. Al principio se le vió desaparecer entre ellas; pero poco despues caballo y caballero estaban cerca del buque naufrago. Recogió dos hombres y los sacó salvos á la costa. Repitiendo la peligrosa expedicion varias veces, logró salvar la vida á catorce personas; pero ya el caballo no podia resistir mas, y una formidable ola, azotando á Voltamad, le hizo perder el equilibrio haciéndole caer al agua para no volver á aparecer. El caballo poco despues llegó á la costa.

Este acto de filantropía y valor heróico llenó de admiracion á los colonos, quienes erigieron una estatua á Voltamad, y señalaron una magnífica pension á sus hijos.

Francisco José de Córdas.

La época mas dichosa de la vida de Córdas fueron los años en que gozó de la plena y pacífica posesion del Observatorio de Bogotá. Digno sacerdote de la divinidad tutelar de aquel santuario elegante, consagrado fervorosamente á su culto, pasaba allí la mayor parte del dia con sus libros, con sus instrumentos, ó con la pluma en la mano, en las diversas tareas científicas á que se habia dedicado: pasaba allí tambien parte de la noche si el estado del cielo era favorable para las observaciones astronómicas; y allí le amanecía, tras pocos ratos de inquieto sueño en su catre de camino, cuando así lo demandaba la circunstancia grave de algun notable fenómeno celeste. Un pariente inmediato y dos ó tres amigos íntimos, inca-

paces de abusar de su confianza, y algun jovencito que recibia de él lecciones de matemáticas, eran las únicas personas á quienes franqueaba sin disgusto la entrada de aquella su habitual residencia, donde el espíritu de órden todo lo regulaba y el menor acto de perturbacion era un crimen.

Habíale asignado el virey, despues del fallecimiento del Sr. Mútis, mil pesos de dotacion anual como adjunto á la expedicion botánica, en cuyo arreglo intervenia, y como encargado del Observatorio; y el mayordomo de la expedicion le suministraba papel y algunos útiles de servicio. Entre los deberes correlativos que tenia impuestos, y que desempeñaba con escrupulosa puntualidad, era uno el de informar cada cuatro meses sobre los trabajos astronómicos y botánicos que estaban á su cargo. En cuanto á los primeros, el período se extendió despues á un año.

En uno de estos informes, de fecha 1º de julio de 1809, participaba Cálidas estar ocupado con empeño preferente en tres obras, á saber :

1.ª *Coleccion de observaciones astronómicas hechas en el vireinato de Santa Fe de Bogotá desde 1797 hasta 1805, con todas las que se han verificado en el Real Observatorio astronómico de la capital desde 1806 para adelante.* El objeto de la obra era la geografia y topografia del país que comprenden hoy las dos repúblicas de Nueva Granada y Ecuador y un mapa perfeccionado y completado con una memoria especial anexa, relativa á la longitud de Quito.

2.ª *Chinchografia y topografia de los árboles de la quina, formada sobre las observaciones y medidas hechas desde 1800 hasta....* Allí se resolvian varios problemas botánico-económicos para reconocer, dado un lugar de los Andes ecuatoriales, si hay quinas en sus bosques, cuáles especies se producen y qué especie prosperará mejor por el cultivo. Ignoramos el estado en que dicha obra quedó; y presumimos que, con título cambiado, es la *Quinología* puesta en limpio de su propia mano y firmada con su nombre, que fué vendida despues de su muerte á

un extranjero por su viuda en momentos de necesidad extrema.

3.ª *Fitografia, ó geografia de las plantas del Ecuador comparadas con las producciones vegetales de todas las zonas y del globo entero, formada sobre las medidas y observaciones hechas en la vecindad del Ecuador desde 1800 hasta....* Formaba el fondo de esta obra la carta botánica del vireinato, con diez y ocho grandes láminas de planos y perfiles de los Andes ecuatoriales: estaba ella dividida en tres partes principales; plantas medicinales, plantas útiles para la subsistencia y para las artes, y plantas de aplicacion desconocida, ó vegetacion en general.

En 1º de noviembre remitió Cálidas al virey la *Memoria* que habia redactado acerca de las refracciones astronómicas al nivel y latitud del Observatorio, dedicándosela junto con una planta á cuya flor habia puesto en su obsequio el nombre de *Amaria*.

Ya por este tiempo (1815) era muy grave la situacion de las cosas en el país, y continuó empeorándose rápidamente. Por el Sur, por el Norte y por la costa del Atlántico obraban fuerzas españolas considerables, combinando sus operaciones para la reconquista del territorio. El 6 de diciembre fué evacuada por sus defensores la plaza de Cartagena, despues de haber sufrido un largo y riguroso asedio, y ocupada por el ejército expedicionario del general Morillo; el interior no tardó en ser invadido; las armas de la República sufrieron un gran descalabro en Cachirí; las provincias del Magdalena y las del Norte sucumbieron sucesivamente, y una fuerte division enemiga al mando del brigadier Latorre entró en Bogotá el dia 6 de mayo de 1816. Los altos empleados, la mayor parte de las personas mas comprometidas, y algunos militares emigraron hácia Neiva y Popayan: los restos principales de la fuerza armada se dirijieron por San Martin á los llanos de Casanare, de donde tres años mas tarde debia reaparecer victorioso el pabellon tricolor.

Cáldas fué uno de los que emigraron al Sur, con muy pocas esperanzas de salvacion, siendo una de ellas la de alcanzar á embarcarse en el puerto de la Buenaventura sobre el mar Pacífico, que se frustró para todos. Popayan estaba libre todavía; pero la accion reñida y desgraciada de la Cuchilla del Tambo, del 29 de junio, puso aquella ciudad á disposicion del vencedor Sámano. Cáldas, su íntimo y antiguo amigo Ulloa y otros se ocultaron entónces en la hacienda de Paispamba, diez leguas distante: y allí fueron sorprendidos y arrestados por el jefe patiano Simon Muñoz.

Personas diversas, todas veraces, refieren que al conducir el mismo Muñoz los presos á Popayan se quedó un poco atrás con Cáldas, de cuya suerte estaba compadecido y por quien le interesaban los empeños de su familia, y le ofreció salvarlo haciéndole pasar á Quito, en donde gobernaba y se distinguia por sus principios de humanidad Don Toribio Móntes; pero el generoso Cáldas, no habiendo podido obtener igual favor para sus compañeros de infortunio, lo rehusó, y á los pocos dias se le trajo con ellos á la capital. Juzgáronle sumariamente en consejo de guerra y fué condenado á muerte.

Tanto de palabra, con serenidad y entereza, ante ese tribunal de pura forma, como por escrito en una carta dirigida al general Morillo, Cáldas hizo presente cuanto importaba al servicio de la nacion que se le conservase la vida, aunque fuese temporalmente y aunque fuera encerrado en un castillo y con una cadena al pié, para terminar el arreglo de los trabajos de la exposicion botánica de que él solo tenia la clave, y para completar la coordinacion de sus trabajos geográficos y astronómicos, haciendo sobre todo esto súplicas y proposiciones específicas. Algunos de los vocales del consejo fueron conmovidos hasta verter lágrimas por el tono y la sinceridad de sus palabras, pero su comision no era dictar una sentencia sino cumplir una órden superior: díjose tambien que Morillo se inclinaba á perdonarle, y que su segundo en el mando, el general

de marina Enrile, lo desvió de semejante idea.... Dejó de existir Cáldas á los cuarenta años, en la flor de la edad....

Tal fué Cáldas, víctima de su lealtad y del cumplimiento de sus deberes para con sus compatriotas.

El arrendatario.

[1847.]

Un arrendatario de las cercanías de Búrgos se quejó al arrendador de que en una de sus cacerías habia pisoteado y causado grandes daños en una tierra sembrada de trigo. « Haced avaluar el perjuicio, respondió el propietario, y pagaré lo que sea. » El arrendatario repuso en seguida, que habia ya hecho calcular el daño, que ascendia á quinientos francos, que el arrendador le pagó en el acto, y ya no pensó mas en ello.

Pero, de allí á pocas semanas vuelve su arrendatario diciéndole: « Señor, el trigo que habia sido pisoteado se ha levantado, y en el dia es la mejor cosecha de toda la hacienda; por tanto vengo á devolveros vuestro dinero; aquí teneis los quinientos francos. » Y al decir esto puso sobre la mesa un saco que contenia dicha suma. « ¡Ah! exclamó el dueño con satisfaccion, pero sin sorpresa alguna, este sí que es un rasgo que me agrada; así deberian obrar todos los hombres entre sí. »

Y abriendo un cajon de su mesa de despacho, tomó otros quinientos francos en oro, los echó en el saco que contenian los que le habia traído su arrendatario, y poniendo el todo en sus manos, le dijo: « Teneis un niño que va todavía á la escuela; yo le hago este regalo. Haced producir este dinero para él como os parezca; y cuando tenga la edad necesaria, se lo entregareis de mi parte, pero sin olvidar de decirle por qué motivo lo habeis recibido. »

La probidad recompensada.

[SIGLO XVIII.]

Un aldeano breton llamado Perrin, que cultivaba una pequeña hacienda en las cercanías de Vitré¹ volvía una noche de esta ciudad con su esposa Lucía. Perrin da un paso falso y cae; la oscuridad de la noche le impedía distinguir lo que había ocasionado su caída, pero buscando á tientas, encuentra un saco muy pesado. Deseosos de saber lo que contiene, entran él y Lucía en un campo donde ardian aun algunas raíces á que habian pegado fuego los labradores aquel dia, y á la claridad que despedian, abre el saco y cuenta doce mil francos en oro. « ¡Ay Lucía! ¿Que es lo que veo? ¡Ya somos ricos! » Locos de contento, se ponen en marcha, pero, estando ya cerca de su casa, se para Perrin diciendo: « Con este dinero podemos ser felices, ¿pero es nuestro? La feria de Vitré se ha acabado ahora, y tal vez se le ha perdido este saco á algun mercader que volvía de ella; puede ser que mientras nosotros estamos tan contentos, él se halle sumido en las mas negra desesperacion; ¿y nosotros habríamos de gozar de lo que le pertenece? Lo hemos encontrado por casualidad, pero el guardarlo seria un robo. Vamos á casa del señor cura y le entregaremos este dinero. » Aprobó Lucía su pensamiento, que su esposo resueltamente llevó á cabo en el acto.

El digno sacerdote anunció por los periódicos el hallazgo de aquel saco, pero nadie se presentó á reclamarle. Habian pasado dos años, y juzgó que no debía esperarse mas, por lo que entregando aquel dinero á los dos jóvenes esposos, les dijo así: « Hijos míos, podeis gozar de los bienes de la Providencia. Estos doce mil francos, de producen así, vosotros podeis emplearlos. Si algun día, ¿gais á saber quien es su dueño, teneis que devolvérselo por consiguiente, empleadlos de modo que si cambi

1. Cabecera de distrito en el departamento de Ille-et-Vilaine (Francia).

forma, no cambien de valor. » Perrin siguió su consejo y con aquella cantidad compró la granja que tenia en arrendamiento. Una vez propietario, su terreno adquirió mayor valor; mejor cultivados sus campos le dieron cosechas abundantes, y desde entónces vivió en una medianía tranquila y sin cuidados.

Diez años despues volvía una vez Perrin muy cansado del campo por la dura faena de aquel dia, cuando vió pasar por la carretera un hombre en un carruaje que volcó á los pocos pasos, y acudió á socorrerle; le ofreció las mulas de su arado para llevar los cofres, y rogó al viajero, que felizmente no estaba herido, fuese á descansar á su casa.

« Este sitio es fatal para mí, exclamó el viajero; ya hace mas de doce años que, viniendo de la feria de Vitré, perdí doce mil francos en oro que llevaba. — ¿Y cómo no habeis hecho las diligencias necesarias para encontrarlos? repuso Perrin. — No pude hacerlas porque iba á Lorient¹ donde debia embarcarme para las Indias; me faltaba ya tiempo; estaba el barco á punto de darse á la vela, y no podia esperar; así es que no pude hacer indagacion alguna, que ademas de ser tal vez inútil, retardando mi marcha, me habria causado mayor perjuicio del que ya habia tenido. »

Gran sensacion causaron estas palabras en Perrin, quien redobla sus instancias hasta que decide al viajero á aceptar su hospitalidad; le muestra su casa, su huerta, su aprisco, su ganado, enumera sus campos y lo que producen. « Todo esto es vuestro, le dice; el oro que perdisteis cayó en mis manos. Viendo que nadie lo reclamaba, compré esta granja con la intencion de devolvérsela algun día á quien tuviera derecho á ella; por tanto es vuestra. »

Quedóse pasmado el viajero mirando á Perrin, á Lucía y á sus hijos. « ¿Qué es esto? ¿En dónde estoy? exclamó al fin; ¿qué es lo que oigo? ¡Oh qué bella manera de pro-

1. Ciudad y puerto muy frecuentado del departamento del Morbihan en Francia.

ceder! ¡Qué virtud y cuánta nobleza! ¿Poseeis algo más que esta granja?—No, señor; pero si no la vendeis, como necesitareis un arrendatario, espero que me deis la preferencia. — Otra recompensa merece vuestra probidad: doce años hace que perdí esa suma que vos hallásteis; desde entonces la Providencia ha bendecido mis esfuerzos, y mi comercio se ha extendido y ha prosperado. Esa restitución no me haría más rico hoy. Vos merecís muy bien esa modesta fortuna, y puesto que Dios os la ha dado, el quitarosla sería ofenderle. Conservadla, pues, yo os la doy; podeis guardarla, que no la reclamo. »

Perrin, inundado el semblante en lágrimas de gratitud y alegría, exclamó: « ¡Hijos míos! ¡Mi querida Lucía! ¡Éstos bienes son nuestros, y podemos disfrutar de ellos sin temor ni remordimientos! »

La mala fe castigada.

[1809.]

El emperador Napoleón, cuyo ejército ocupaba hacia algún tiempo la isla de Lobau¹ en el Danubio, estableció en ella su cuartel general. Su primer cuidado fué visitar los soldados en su campamento. « ¿Qué tal, amigos míos, exclamó parándose ante un grupo de ellos, es bueno el vino?—No nos emborrachará, señor, respondió un granadero señalando el Danubio, esa es nuestra bodega. » El emperador, que había mandado dar una botella de vino por cabeza, se quedó pasmado al ver que no se habían ejecutado sus órdenes. De las investigaciones que ordenó hacer se descubrió que los encargados de la distribución de víveres habían vendido en su provecho el vino destinado á las tropas acantonadas en la isla. Aquellos miserables fueron presos en seguida, juzgados por un consejo de guerra y castigados con todo el rigor de las leyes.

1. A 9 kilómetros de Viena.

§ III. FIDELIDAD.

Es una ley para el hombre honrado cumplir lo que ha prometido, hasta en las cosas más nimias; pues cuando se acostumbra á faltar en asuntos de poca importancia, pronto llega á ser infiel en las de mayor trascendencia. (BLANCHARD.)

La fidelidad es sagrada para los corazones honrados; el terror y la seducción son impotentes para hacerlos faltar á ella. (*Moralistas antiguos.*)

Régulo.

[250 años de J. C.]

Después de vencer á los cartagineses¹ en Africa, el cónsul romano Régulo fué vencido por ellos y hecho prisionero. Conducido á Cartago, tuvo que sufrir los más crueles tratamientos, haciéndole expiar así los duros triunfos² de su patria. Los romanos, que con tanto orgullo encadenaban á sus carros los reyes destronados, mujeres y niños anegados en llanto, ¿podían esperar que fueran respetados sus conciudadanos en el cautiverio?

Poco después la fortuna fué favorable á los romanos, y Cartago pidió la paz; envió embajadores á Italia en cuya compañía iba Régulo. Habíanle exigido los cartagineses su palabra de honor de que volvería á su cautiverio si no tenían buen resultado las negociaciones, esperando así que abogaría en favor de una paz que le había de restituir su libertad.

El Senado romano dió audiencia á los embajadores y á Régulo, quien manifestó que por orden de sus señores, venía á pedir á Roma la paz ó el canje de los prisioneros.

Expusieron los embajadores las ventajas de cada una de aquellas proposiciones y en seguida salieron del salón.

1. La ciudad de Cartago en Africa, era una poderosa república, sobre todo en el mar, pero después de un largo tiempo contra los romanos, fue destruida por ellos. La ciudad de Túnez está situada cerca del

sitio que ocupó Cartago.

2. Cuando salían vencedores los romanos, arrastraban en triunfo á sus cautivos desde las puertas de la ciudad hasta el Capitolio.